

IN MEMORIAM  
**José Luis L. Aranguren, referente ético  
para una generación de españoles**

JOSÉ RUBIO CARRACEDO  
*Universidad de Málaga*

EN EL FALLECIMIENTO DE ARANGUREN no se ha cumplido exactamente el tópico de que uno debe morir para que se le reconozcan sus méritos como persona y como profesional, pues tal reconocimiento era inequívocamente compartido por la inmensa mayoría de cuantos le conocíamos y, en especial, por sus discípulos directos e indirectos, de primera o de segunda generación. Eso sí, su muerte ha propiciado una comprensión más exacta de su magisterio sereno e insustituible en las áreas de la filosofía de la religión, de la moral y de la política, tanto en el nivel académico como en el de la escritura y de la comunicación, en el ámbito público como en el interpersonal.

Poco importa, pues, que, en cambio, el reconocimiento oficial haya sido demasiado tardío y tacaño (Premio Nacional de Ensayo en 1989, Premio Príncipe de Asturias de Humanidades y Comunicación en 1995), porque sus discípulos directos e indirectos le habíamos ofrecido desde siempre el reconocimiento que más le importaba y que quedó plasmado en varios libros de homenaje, en especial en el titulado *Ética día tras día* (Madrid: Trotta, 1991), con ocasión de su ochenta cumpleaños, coordinado por J. Muguerra, F. Quesada y R. Rodríguez Aramayo, que contó con 32 colaboraciones, entre las que se encuentran nombres como los de S. Alvarez Turienzo, Pedro Cerezo, Elías Díaz, J. Gómez Caffarena, Emilio Lledó, X. Rubert de Ventós, Fernando Savater o Ignacio Sotelo, junto a la inmensa mayoría de los profesionales de la ética y de la filosofía política de las universidades españolas.

No he sido discípulo directo de Aranguren. Es más, sus primeros escritos sobre protestantismo y catolicismo me pasaron desapercibidos. La aparición de *Ética*, en cambio, fue toda una

revelación de cómo podía superarse aquella ética paleoescolástica sin tener que dar bandazos entre la ética existencialista, la analítica, la marxista o la emotivista. El interés se agudizó con la aparición del folleto *La ética de Ortega*, el cual no sólo confirmaba la rehabilitación de Ortega y Gasset, contra el que persistían en mí confusas reticencias, sino que me reveló hasta qué punto seguía viva la llama inquisitorial en España y sus burdos procedimientos. Desde entonces seguí siempre con interés sus escritos. Recuerdo especialmente el benéfico influjo moderador que recibí de su libro *Ética y política*, que me curó definitivamente de toda tendencia radical, tanto en ética como en política o filosofía social.

Sin embargo, sólo conocí personalmente a Aranguren tras su reposición en la cátedra en 1976. Recuerdo muy bien la primera vez que le saludé en un pasillo del edificio A de la Complutense, justo cuando se iba a reunir con el tribunal de una oposición a la que concursaba, la atención sincera que me prestó, y cómo se interesó por mí pese a no conocerme y a la inoportunidad del momento. He pensado que quizá le di la impresión de un náufrago solitario. Poco después, sin embargo, tuve la oportunidad de conversar un rato con él con ocasión de uno de los homenajes que se le ofrecieron en la Complutense (no recuerdo con qué motivo concreto), al que asistimos representantes de casi todas las universidades españolas. Desde entonces se inició una relación personal de mutua simpatía, aunque con escasos encuentros personales y contadas conversaciones telefónicas.

Siempre me impresionó la naturalidad con la que se mostraba al mismo tiempo exquisitamente atento e independiente. Algún colega conoce bien por experiencia hasta dónde llegaba su incorruptibilidad. Creo que no sólo lo era por convicción, sino por una cierta obsesión (sin duda justificada) por evitar incluso la menor apariencia de parcialidad. Recuerdo una vez que le invité a dar una conferencia en Valencia; unos nueve meses más tarde estaba prevista una oposición, a la que por cierto no pensaba —ni lo hice— presentarme; pero él no lo sabía, por lo que me advirtió con toda claridad que si mi invitación tenía alguna relación con aquel evento, no podría aceptarla.

Ya en Málaga mi relación con Aranguren fue mucho más fluida. Visitaba la ciudad con cierta asiduidad, unas veces invitado por la Universidad, otras veces por diferentes instituciones. Su generosidad personal era casi proverbial. Por ejemplo, aceptó formar parte del Consejo Asesor de esta Revista desde su fundación, sin exigir aclaración especial alguna sobre la madurez del proyecto, etc.,

como hicieron otros, con todo el derecho, por supuesto. En una ocasión le pedí que revisara mi original *Paradigmas de la política*, que estaba ya listo para la imprenta. Sólo dos semanas después me lo devolvió sin corrección ni sugerencia alguna, pero ofreciéndose para escribirme el prólogo. Pensé que se reservaba para plasmar en el mismo su opinión. Aparentemente no fue así: se trataba de un prólogo de sólo dos páginas, lleno de amabilidad y en el que parecía mostrar su conformidad con el texto. Sólo más tarde me percaté de que en el elogio que hacía de mi carácter reflexivo y atento a todas las disquisiciones se escondía un reproche a mi academicismo, ya que más de una vez le había oído la queja colectiva que nos hacía a la nueva generación de permanecer demasiado apegados a los tecnicismos y a la jerga filosófica, lo que dificultaba la comunicación tanto con los alumnos como con el público interesado («escribir para los colegas», decía, «es un error»). Él, desde luego, era un excelente comunicador tanto en sus conferencias como en sus escritos, sin caer en el ensayismo superficial ni apuntarse a la última moda. Al contrario, le gustaba ir contra corriente. Estaba incluso molesto por la excesiva atención que prestábamos a los pensadores foráneos (Rawls, Habermas, etc.), mientras que apenas citábamos a Unamuno, Ortega, Zubiri e incluso Eugenio d'Ors.

Fue, por tanto, al Aranguren anciano al que mejor conocí. Era impresionante su dinamismo y su lucidez mental a tan avanzada edad. No sólo era una actitud natural, sino también conscientemente ejercitada. Es de sobra conocida su voluntad de permanecer joven e incorformista —insumiso—, especialmente en los debates que seguían a sus conferencias. Incluso físicamente daba muestras de un vigor inusual. Recuerdo que le gustaba conversar paseando y cómo ante mi afán por llevarle al parque o al paseo marítimo, él prefería invariablemente las calles del centro histórico, siempre atestadas de gente entre la que había que abrirse paso. Le complacían los baños de multitudes. En efecto, mientras me preocupaba y sufría porque eran muy numerosas las personas de toda edad y condición que le reconocían, le saludaba y hasta le pedían autógrafos —sobre todo las mujeres, es verdad—, no observé jamás en él ningún gesto de contrariedad; muy al contrario, parecía muy complacido y siempre jovial.

Pero indudablemente la vejez le preocupaba. Recuerdo haberle escuchado varias veces contar una anécdota relativa a un señor muy mayor a quien una señora le declaraba: «¡Dios quiera que cumpla Ud. los cien años!». A lo que el señor respondía: «¿Por qué quiere Ud. ponerle límites a la divina providencia?».

Una anécdota personal me reveló hasta qué punto mantenía vivo su deseo de permanecer lúcido y activo hasta el final. En el verano de 1991 dirigió un «curso abierto» de ética organizado por la Universidad, del que yo era secretario. Entre los conferenciantes invitados estaba Pepe Montoya, quien disertó sobre «Rousseau y la moral de la sensibilidad». En el debate subsiguiente Montoya y yo nos enzarzamos en el amistoso y largo debate que mantenemos sobre la auténtica preferencia de Rousseau en su famosa dicotomía hombre/ciudadano. Obviamente, cada cual aducía los textos y argumentos que mejor convenían a su opinión. Finalmente Montoya adujo un texto que parecía inequívoco de la obra de vejez de Rousseau *Ensoñaciones del paseante solitario*. Yo repliqué que aquella obra no era representativa, porque Rousseau estaba ya en plena paranoia cuando la escribió. Entonces Aranguren, que había permanecido todo el tiempo silencioso, pero muy atento, me espetó: «Entonces Ud. cree que las obras de vejez no deben tenerse ya en cuenta». Yo mantuve mi opinión referente a Rousseau, pero ante su manifiesto disgusto me percaté de que no pensaba en la vejez de Rousseau, sino en la suya propia, y entonces acerté a añadir que no siempre sucedía así y ahí estaba el caso de Kant para confirmarlo. Inmediatamente se hizo perceptible su alivio, aunque no añadió una palabra más.

Es bien conocida su tesis de que el papel del intelectual es el de vigilar y denunciar los abusos del poder, poniendo su voz al servicio de los que no tienen voz. Aunque también tenía la teoría de que actualmente el oficio de intelectual ya no puede ser individual, sino más bien un colectivo que interviene críticamente en los medios de comunicación. De hecho, su libro *La democracia establecida* (1979) recoge sus artículos en *El País* y *La Vanguardia*, donde se muestra implacable con los chalaneos de la transición. Por cierto que, con los datos que hoy tenemos, se equivocó en ocasiones en sus apreciaciones, como no podía ser por menos. Parece claro, además, que la llegada del PSOE al poder en 1982 calmó bastante su acento crítico, que se hizo más abstracto y genérico, sobre todo en la primera legislatura. Pero posteriormente su decepción fue creciendo más y más. Recuerdo que una vez me confió que Felipe González le había invitado, junto con otros, a la «bodeguiya». Y se sintió discreta, pero indudablemente invitado a mostrarse más comprensivo —instrumentalizado, en definitiva— y, sobre todo, se sintió inmerso en un clima de complicidad, lo que le disgustó profundamente. De hecho, no volvió a aceptar ninguna invitación más, pese a que le fueron reiteradas. Sin

embargo, me daba la impresión de que prefería guardar silencio antes que atacar frontalmente la flagrante desviación del proyecto socialista inicial. No sé por qué, pero tenía una especial prevención contra la posible llegada al poder del Partido Popular, al que se negaba a conceder la menor credibilidad.

Por eso y por un inexplicable —para él, un hiperactivo— proceso depresivo que acompañó su inevitable decadencia física, además de su viudez, sus dos últimos años estuvieron llenos de sufrimiento callado, pero muy hondo. Recuerdo que a finales de 1994, cuando le invité a dar un seminario a los alumnos de doctorado, me respondió con la voz quebrada que había decidido no salir de Madrid, pues su salud —física y psíquica— le impedía aceptar ya compromisos a fecha fija. Su sentido de la responsabilidad aumentaba su dolor.

Para colmo hubo de sufrir durante los últimos meses un intento de linchamiento personal y moral con motivo de sus declaraciones sobre la comprensión que buena parte de la sociedad española había mostrado en su momento a las acciones de los GAL. Y eso que sus primeras declaraciones fueron matizadas pocos días después como la mera constatación de un hecho sociológico. Fueron precisamente los grupos mediáticos que más claramente habían manifestado aquella comprensión quienes más ferozmente le atacaron en cuanto defensor de la razón de estado. Fue todo un ejercicio palmario de hipocresía moral y política, porque cualquiera que hubiera leído o escuchado a Aranguren sabía que aquella interpretación no era posible, incluso en su avanzada vejez... Otros se refirieron más a su inoportunidad. Esto ya es más discutible, pero en todo caso su recordatorio significó un acto de valentía personal, a la vez que una protesta contra tanta utilización partidista de un problema tan grave, aunque sin el menor asomo de exculpar al gobierno y a la administración de sus responsabilidades.

Hoy, a cinco días de su fallecimiento, me hago —nos hacemos— definitivamente consciente de que hemos perdido a nuestro referente ético durante los últimos años. Desde hace veinticinco años, al menos, conozco a innumerables personas que, ante la incertidumbre o el desconcierto que nos causaba algún hecho o decisión político-social, esperábamos con apenas disimulada impaciencia el artículo de opinión de Aranguren para orientarnos un poco mejor en el juicio o la actitud a seguir. Recuerdo especialmente el nefasto referéndum sobre la OTAN, que supuso tantas increíbles cesiones o concesiones de tantos colegas, sin duda presionados por el poder. Aranguren fue una de las excepciones más nítidas. Recuerdo que varios meses después

tuve ocasión de comentarlo telefónicamente con él y todavía le duraba la desazón, a la vez que aprobaba mi comentario de que lo peor es que se había desprestigiado para mucho tiempo un procedimiento de decisión tan respetable como el referéndum —intolerablemente devaluado ya en la misma constitución española— al rebajarlo a un manipulado plebiscito popular poco diferente del estilo franquista.

Pero no lo hemos perdido del todo. Nos queda no sólo su ejemplo, sino también una obra de gran valía en los campos del pensamiento moral, político, religioso y hasta literario. Afortunadamente, la edición por F. Blázquez de sus *Obras Completas* en la magnífica presentación de Trotta, facilitará decisivamente su lectura o relectura para las presentes y futuras generaciones.

Y estoy seguro de que su pensamiento mantendrá su vigencia por muchos años, justamente porque se trata de un pensamiento vivo y personal que depende muy poco del flujo o reflujo de los autores de moda. Pero, sobre todo, nos queda su ejemplo de honestidad, empatía y autocrítica.

En 1990 dediqué mi libro *Paradigmas de la política* un tanto enigmáticamente «Para los maestros que hubiera deseado tener; para los maestros que, pese a todo, he tenido». Ahora puedo desvelar que el primero de los maestros que «pese a todo» había tenido era José Luis L. Aranguren. ¡Hasta siempre, pues, viejo y querido maestro!

---

JOSE RUBIO CARRACEDO es Catedrático de Filosofía del Derecho, Moral y Política en la Universidad de Málaga. Autor de *Ética constructiva y autonomía personal* (Madrid: Tecnos, 1992) y de *Educación moral, postmodernidad y democracia. Más allá del liberalismo y del comunitarismo* (Madrid: Trotta, 1996).

*Dirección Postal:* Departamento de Filosofía, Universidad de Málaga, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Teatinos, E-29071 Málaga.